

LOS SANTOS Y SANTAS CATEQUISTAS

H. Derroitte¹

De nuestras jornadas de trabajo en torno a la figura contemporánea del catequista, me parece que se destacan cuatro temáticas. Querría presentarlas aquí antes de examinar juntos cuáles serían las implicaciones, las cuestiones o los desafíos que emergen de estas acentuaciones identificados por este coloquio.

LA COMPLEJIDAD

La primera característica que salta a los ojos, me parece, es la de la complejidad. Globalmente, sabemos que los catequistas de ayer son bien diferentes de los modelos transmitidos por la historia. No han habido siempre los mismos catequistas: en la Edad Media se concebía más la transmisión por impregnación. Los primeros trazos de un compromiso de los laicos al servicio de la catequesis nos hace pensar que había un papel muy subalterno como repetidores de lección o de animadores del recreo. La lógica de los catequistas en países de misión es bien conocida: se les designa a menudo como los verdaderos garantes de la “plantatio ecclesiae”, se les descubre como auténticos “Padres de la Iglesia”. Su método hace honor a ciertos países de África, del Camerún, de África del Sur pasando por el Congo o por Tanzania.

¹ Profesor en la facultad de Teología de la Universidad católica de Louvain-la-Neuve. Es miembro del Equipo Europeo de Catequesis y doctor « honoris causa » por la universidad de Ottawa en reconocimiento de su investigación sobre catequesis e iniciación. Autor de numerosos libros. La conferencia se impartió en las VII Coloquio Internacional del ISPC de Paris el 20 de febrero de 2015.

En el siglo XX, diversos elementos van a contribuir a distribuir en profundidad las cargas del anuncio y de la comunicación de la fe en los países occidentales: redescubrimiento de la vocación bautismal y de las responsabilidades apostólicas que resultan, co-existencia de catequistas salidos de congregaciones religiosas al lado de laicos bajo la tutela de párrocos, preeminencia progresiva de la figura de la “mamá-catequista”, llamada a los padres a fin de que aseguren ellos mismos la catequesis en comunidades cristianas fuertemente debilitadas e incapaces de suscitar en su seno vocaciones de catequistas. El paisaje se complica. Aquí los catequistas serán desinteresados, allá profesionales... Aquí están coordinados por un catequista principal, allá son dejados a su suerte. Aquí sacerdotes se ocupan activamente de la catequesis, por allá, el clero está casi totalmente ausente. Aquí los catequistas no encuentran más que niños, allá acompañan a los adultos en la maduración de la fe.

Esta diversidad es así en el terreno, pero la impresión de complejidad permanece y se acrecienta cuando se lee la literatura magisterial y de investigación sobre la figura de los catequistas.

En los seminarios de investigación que hemos animado, el profesor Molinario y yo mismo en el ISPC durante este año académico, la lectura minuciosa de los textos de nuestros recientes papas sobre la figura de los catequistas lo confirma: “Esta ampliación de la misión del catequista en la Iglesia provoca un fenómeno nuevo en la Iglesia católica. Los papas no dicen las mismas cosas, y sus visiones del catequista y las prioridades que dan a la acción del catequista no se superponen siempre. Si para Juan Pablo II el catequista debe ser primeramente un enseñante que se anonada delante de Cristo que es el único maestro, para Francisco el catequista tiene una verdadera vocación de testimonio y no de maestro porque su coherencia de vida lleva al Evangelio. Ciertamente en los dos casos Cristo es el único maestro, pero vemos bien las dos figuras casi opuestas de los catequistas.

Las cualificaciones dadas al catequista por el DGC son, en sí mismo, de una infinita variedad. He aquí un florilegio muy incompleto: en el nº 219, se explica que el papel del catequista es “diferente de la de otros agentes de pastoral”; pero en el número 220, el DGC explica que la catequesis no es la obra de solos catequistas”. Otro ejemplo de complejidad en el DGC. Los nº 232 y 233 se llena con una lista de todas las clases de catequistas: en territorio de misión o no, a tiempo completo o no, al servicio de la pastoral de sacramentos o no, con las personas ancianas, cerca de los emigrantes, en los procesos de pastoral catequética especializada para acompañar personas minusválidas, con niños”. De ahí el DGC saca las siguientes conclusiones: “Cada Iglesia particular descubrirá sus propias necesidades y considerará, con realismo, los tipos de catequistas que ella necesita” (232)

Como sabéis, el DGC data de 1997. Es una apuesta segura pero la complejidad no se ha terminado con el siglo XX. Es ahora todavía más difícil circunscribir las misiones y el perfil del catequista. Con el reciente sínodo sobre la nueva evangelización, se ve así amanecer una nueva acentuación, suplementaria o modificadora. Primeramente, el catequista es descrito como un “evangelizador”, se espera de él que sea un testigo, como dirá una de las propuestas finales del sínodo, es una “forma poderosa de catequesis”. Y este sínodo, como lo sabéis, pedirá que se reabra la cuestión de la institución del ministerio del catequista (29ª propuesta). Esta diversidad, no lo juzgamos como negativa. La diversidad permite la complementariedad de carismas; es un signo que la catequesis es una actividad que, más que cualquier otra, presenta una fisonomía inculturada de la oferta cristiana. Notemos también que esta diversidad pondrá sobre la mesa dos cuestiones que son verdaderamente importantes: ¿Cómo programar una formación de catequistas con perfiles, necesidades y esperanzas tan diferenciadas? Otra cuestión: ¿Cómo reconocer eclesialmente, bajo los aspectos canónicos y teológicos, la función de los catequistas?

LA EXPERIENCIA

La “sequela christi”, marchar en el seguimiento de Cristo ha sido evocado durante este coloquio pero también la experiencia de vida como el primer rasgo de la espiritualidad del catequista. Pero esta relectura espiritual puede ser conjunta con una relectura teológica y pedagógica. Porque la enseñanza de Jesús ante sus discípulos será primeramente una invitación a compartir su experiencia de Hijo de Dios, los catequistas y todos los apóstoles de la Buena Nueva son llamados en consecuencia a compartir ellos mismos, ellos primeramente tendrían ganas de decir, la experiencia de su Maestro. En el Evangelio de Marcos, sabemos que esta frase, construida en dos partes: “Estableció Doce, para tenerlos con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). El mensaje de Jesús no es entonces una filosofía sino una experiencia de vida. En su célebre libro “Alegoría de creer, alegría de vivir”, el Padre Varillon comenta así esta perícopa: “Los apóstoles de Jesús no pueden ser los propagandistas de una filosofía, de un sistema de pensamiento. No podrán decir su palabra si pueden antes que esto testimoniar una experiencia, la experiencia de una cierta relación con Dios”².

Este lado experiencial coloca pues a los catequistas frente a su propio itinerario de fe con Cristo, en eco y en interacción con una comunidad cristiana confesante. Esta dimensión de una palabra “autenticada” por una auto-evangelización de los mismos catequistas lleva a una profundización de la entrada misma de la vocación a ser catequista. El coloquio ha desarrollado en este sentido dos pistas, densas y exigentes.

La experiencia de ser catequista reposa pues en una llamada y en una decisión: llamada de una comunidad a hacer este servicio, pero llamada consecutiva a una decisión personal, consciente. Para el cristiano que acepta oír esta llamada a llegar a ser catequista, elegir a Cristo es una elección determinante para toda la vida.

2 Fr.VARILLON, *Joie de croire, joie de vivre*, Paris, Le Centurion, 1981, 54.

La misión del catequista supone que forme parte constituyente de un proyecto comunitario, parroquial lo más a menudo, eclesial en todo caso, pide también que el catequista sea el mismo un creyente adulto en la fe, preocupado de poner en eco la vida, la fe y la cultura, un cristiano “en su piel” de creyente; que aborrece la hipocresía y las falsas caras, rechazando las hipocresías y los falsos devotos. Por decirlo positivamente, la misión de los catequistas supone que sean sinceros sobre su propio camino de conversión³.

LAS DOS CATEQUESIS

Desde hace medio siglo la catequesis en Occidente oscila entre dos polos. Estamos confrontados en una lógica binaria en muchos proyectos catequéticos. Y de golpe los catequistas están situados en un escenario poco propicio a su lucimiento. Ayer, se separaba gustosamente la catequesis de iniciación y la catequesis permanente. Se ha separado también la catequesis de niños y los módulos de catequesis de adultos. Paralelamente, había una corriente que habla de una catequesis sacramental y otros que consideran prioritario una catequesis como acompañamiento en los momentos de transición en la vida humana. Estas dos lógicas han coexistido mal. Y globalmente, si se cree en la complementariedad de los dos servicios catequéticos, en muchos países el reparto de tiempos de la catequesis, el reparto del número de catequistas, todo parece privilegiar el modelo de una catequesis comprendida como una iniciación de niños en vistas de la sacramentalización en parroquia.

Con la toma de conciencia de la fragilización de nuestros procesos de transmisión, con la emergencia también de una aproximación misionera de la vida en la Iglesia, las cosas están en camino de cambiar. Y de cambiar rápidamente. La llegada de la lógica del anuncio en el corazón mismo del mandato de la catequesis hace crujir las viejas murallas que aislaban drásticamente lo que surgía

³ Cfr. S.SORECA, “Comme si configura oggi l’esperienze di qualificazione e di vita cristiana dei catechisti?” en “Orientamenti Pastoralis”, n° 12, 2015

del primer anuncio y de la conversión, de la catequesis seguida y finalmente de la vida cristiana en Iglesia en una pastoral llamada ordinaria. La exhortación del papa Francisco sobre la “Alegría del Evangelio” nos hace acelerar el proceso. Y las cuestiones que se ponen primeramente en la catequesis son de una naturaleza más fundamental.

¿En qué la vida cristiana es una Buena Noticia? ¿Cómo la catequesis puede ayudar a la expansión de la humanización? ¿Qué vida litúrgica, vida sacramental, vida en comunidad cristiana son necesarias?

La catequesis de nuestros días piensa en un acompañamiento en la fe a lo largo de un “continuum” que receta la libertad de los individuos, sus ritmos y sus aspiraciones. Es una catequesis que está al servicio de la conversión y la maduración: una catequesis cristocéntrica y salvífica.

El impacto de esta descompartimentación es gigantesca: los catequistas están llevados a moverse en un horizonte de libertad y de significación. Horizonte de libertad pues nada es más libre que un itinerario espiritual a acompañar y a sostener. Horizonte de significación, pues nada es más importante para nuestros contemporáneos que poner profundidad y altura en sus vidas, de sentido.

Se medirá bien esta constatación hecha en nuestro coloquio tomando algunas frases de la exposición de Monseñor Fisichella, citando al papa Francisco: “Encontrar a Cristo, vivir una vida de discípulo con el deseo de comunicarlo, hacen del catequista el hombre al servicio del kerigma, así como está enunciado en “*Evangelii Gaudium*”: “No se debe pensar que en la catequesis el kerigma sea abandonado en favor de una formación que pretendiera ser más “sólida”. No hay más sólido, más profundo, más seguro, más consistente y más sabio que este anuncio. Toda la formación cristiana es antes que nada profundización del kerigma que se hace carne siempre más y siempre mejor, que no omite jamás aclarar el

compromiso catequético, y que permite comprender convenientemente la significación de no importa que tema que se desarrolla en la catequesis. Es el anuncio que corresponde a la sed de infinito presente en cada corazón humano. La centralidad del kerigma pide ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todo lugar: que exprese el amor salvífico de Dios precedente a la obligación moral y religiosa, que no impone la verdad y que hace llamada a la libertad, que posee ciertas notas de alegría, de coraje, de vitalidad, y una armoniosa síntesis que no reduce la predicación a algunas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige del evangelizador disposiciones que ayuden a acoger mejor el anuncio: proximidad, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena” (EG 165).

ENTRE CATEQUESIS EN GRUPO Y CATEQUESIS INTERGENERACIONAL

¡Tantas cosas están en movimiento en el mundo de la catequesis! En mi país uno de los grandes signos de esperanza para el futuro es la emergencia y la multiplicación a un ritmo ultra rápido de la catequesis intergeneracional (CIG). Una lógica CIG no es más una lógica que perpetúa de una manera más sutil el modelo del maestro y del discípulo, en una relación en sentido único: la exposición del Profesor Amherdt ha puesto claramente esto a la luz. Cada generación tiene que dar y recibir aquí. Gabriel Moran, un autor clásico en las investigaciones en catequética lo resume así: “Cuanto más se anime las interacciones entre las generaciones, más ricas serán las posibilidades de educación religiosa”⁴.

De golpe, el paso hacia una lógica CIG supone que los animadores de la parroquia estudian, discuten y respaldan las apuestas para poder comunicarlas claramente. La doble impulsión de partida sería entonces reflexionar, primeramente sobre la cuestión del saber

⁴ Gabriel MORAN, *Interplay a Theory of Religion and Education*, Winona, St.Mary's College Press, 1981, 109

lo que significa el crecimiento y la maduración en la fe de todos los bautizados y, luego, ver como una aproximación intergeneracional podrá favorecer este objetivo. En este camino, el papel del párroco, del sacerdote responsable y coordinador es determinante.

La lógica intergeneracional está con la naturaleza de acrecentar el sentido de la unidad y solidaridad efectiva entre los miembros de una comunidad. De hecho, no es pues primeramente y solamente la catequesis que está concernida por este paradigma, es la idea misma de la comunidad que es abordada diferentemente. Como lo dice Emmanuelle Duez-Luchez en su bello libro: “La catéchèse entre sauvers et savoirs”, el itinerario intergeneracional “es invitar a crear la Iglesia”⁵.

EN HONOR DE LOS CATEQUISTAS

Damos, para concluir este coloquio, una última mirada hacia este rostro de los catequistas. Decíamos en la apertura de los trabajos que serían unos 500.000 en Europa hoy. Entre ellos y en ellos se vive y se realiza la vocación a la santidad del pueblo de Dios. El DGC, en su número 141 nos dice: “La Iglesia ha producido a lo largo de los siglos un tesoro incomparable de pedagogía de la fe: primeramente gracias al testimonio de santos y santas catequistas”

Si este coloquio ha podido poner en perspectiva estas apuestas y desafíos eclesiológicos canónicos, si ha podido anotar puntos de atención pedagógicas o incluso históricas, si ha podido diferenciar por continente o por destinatario las competencias esperadas de los catequistas, ha querido también y con continuidad honrar el papel mayor jugado por los catequistas.

Dos escritos de teólogos de la catequesis me permiten volver al ser mismo de estos catequistas. Me gusta terminar nuestros trabajos citando primeramente a Jérôme Berryman, el célebre teólogo

⁵ Emmanuelle DUEZ-LUCHEZ, *La catéchèse entre saveurs et savoir*, Paris, Atelier, 2003, 86.

americano de la catequesis, fundador del método bien conocido del “Godly Play”. Cuando este autor busca dar las claves de un proyecto de desarrollo de la fe, en la escuela de Oser y Fowler, hace una llamada a un autor del siglo XII, Ricardo de San Víctor. Este monje de origen escocés, algunos decían que era irlandés, ha vivido en París, en la célebre abadía de San Víctor, ha sido discípulo de Hugo de San Víctor. Es considerado como uno de los autores mayores de la mística medieval. Berryman recuerda a este personaje para insistir sobre el tipo de acompañamiento y sobre el tipo de espiritualidad de los catequistas. Son llamados a no separar y oponer una búsqueda del conocimiento por la inteligencia y una búsqueda por el amor. En una de sus obras, “De Archa Moysi”, Ricardo de San Víctor identifica tres caminos para alcanzar el conocimiento: primeramente la del sentido, luego la de la inteligencia con la ayuda de la razón, por fin la del espíritu, con la ayuda de la contemplación⁶. Honrar y acompañar a los catequistas, es sostenerlos y animarlos a ser educadores contemplativos o quizás mejor contemplativos que eduquen.

El otro teólogo que tiendo a citar es Enzo Biemmi, “nuestro” presidente del Equipo Europeo de Catequesis. En un artículo clarividente que será publicado en un mes en la revista “Lumen Vitae”, E.Biemmi analiza el impacto de “Evangelii Gaudium” para una conversión radical de la pastoral y la catequesis, una “vuelta”, un texto que revisa el orden de las cosas a transmitir. Este análisis va a mostrar el cambio de la pastoral de la desconfianza a la pastoral de la alegría, de la condena a la esperanza.

“Evangelii Gaudium” marca una fuerte discontinuidad con la concepción de la evangelización expandida en la Iglesia, sobretudo occidental. Esta discontinuidad se caracteriza antes de todo por una mirada de esperanza en la cultura actual, sobre las mujeres y

⁶ Jerome W.BERRYMAN, “Faith Development and the language of Faith”, en Donald RATCLIFF (dir.), *Handbook of Children’s Religious Education*, Birmingham, Religious Education Press, 1992, p. 21-55.

los hombres de hoy. Estábamos habituados a largos catálogos de “ismos”, fatigados por las denuncias continuas de la cultura contemporánea por parte de una Iglesia que se consideraba fuera de la historia. La mirada de Francisco no es “naïf” sino que lleva lo que el Espíritu Santo puede hacer en los corazones. Al interior de una situación eclesial a menudo “deprimida”, parte del anuncio de la alegría, la alegría de tener descubierto el tesoro y la perla preciosa y de no poder guardarlas para sí. Es en esta exigencia interior que da el nombre de “misión”, para extender a todos la posibilidad de estar reunidos en el amor de Dios”⁷. Con el Papa Francisco nos da este segundo rasgo de todo anuncio y por consiguiente este segundo rasgo se encontrará en la mirada del catequista: el de la alegría.

Abiertos a una pedagogía de los 5 sentidos, a la inteligencia de los contenidos y a la sorpresa del amor de Dios, optimistas y alegres, contemplativos y educadores, ¡que sean los rasgos del catequista del siglo XXI!

⁷ Enzo BIEMMI, *Una Église “en sortie”, La conversión pastorale et catéchétique d’Evangelii Gaudium*, en “Lumen Vitae”, 2015/1.